

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

EL ESCRITOR Y LA SOCIEDAD.

REFLEXIONES

ESCRITAS ENTRE AGRI-DULCE Y JOGO-SERIO.

Ya hace tiempo, vive Dios, que bulle en mi mente la idea que es objeto capital de este artículo; pero ha sido tanta mi prudencia sobre este particular que ni lo he dicho á nadie, ni menos ha salido de mi pluma cosa que con ella tenga relacion. Si va á decir verdad, casi casi fuera mejor que reservase mi secreto por mas tiempo, por aquello de que *peor es meneallo*; pero por otra parte, yo no puedo prescindir de dar alguna expansion á mi alma, protestando por supuesto que yo no quiero meterme á redentor, ni creo que puede redimirse el mal de que se trata, ni tengo mas pretensiones sino que se queden las cosas como están, lo cual es poco pretender.

El escritor y la sociedad: hé aquí dos personajes que están en perpétua lucha, y de cuya lucha el primero es siempre la víctima. Vamos á probarlo, y para ello iremos por partes, señalando los diferentes casos que ocurren generalmente entre los que leen y los que escriben.

PRIMER CASO.—Nace el escritor; mas aquí hay que distinguir, porque los escritores no nacen cuando los demás hombres, sino cuan-

do publican su primera obra. Una vez en el mundo literario, ¡cuántos obstáculos, cuántos sinsabores están reservados para el que se lanza á tan ingrato camino! En todas las artes y carreras suele empezarse por el principio, y nadie se espanta de que un pintor, por ejemplo, no comprenda desde luego todos los misterios del sublime arte que cultivaron Apeles y Murillo. Se le concede que necesita tiempo, que necesita estudio para progresar en sus cuadros, tolerancia justa que se prodiga al neófito en todas materias, menos en literatura. El literato está obligado á saberlo todo desde luego, á leerlo todo, á saberse cuanto se ha escrito. Nunca faltará quien le diga:

—¡Cómo! ¿no ha leído usted tal obra?... pues es extraño!.....

Eso es; es extraño que el infeliz no se la haya tirado al colete, aunque sea una parrucha. Y no se crea que será una obra de esas cuyo estudio le es imprescindible, sino otra cosa cualquiera que se ha impreso por carambola ó por casualidad. Pues esto basta para que se forme mala idea de él, para que se le tenga en poco, para que se diga como cosa segura: «*Carece de instruccion.*» Y este juicio, emitido ligeramente, y tal vez sin malicia, es la nota que le acompaña toda su vida, por mucho que trabaje, por mucho que estudie. Por un lance igual conozco eminentes escritores á quienes se les reconoce imaginacion nada mas, y son realmente un pozo de ciencia.

Hay mas todavia: al literato que principia siempre le estarán mortificando con Ciceron, y Cervantes, y Racine, y todos los que mas lustre han dado á las letras; como echándole en cara que no tenga tanto nombre

como ellos, ó que sus obras no sean tan apreciadas. Para algunos sujetos es una blasfemia el escribir cuando existen obras tan selectas que, á su modo de ver las cosas, nadie puede igualar. Conformándose con sus opiniones, probablemente no hubieran llegado á distinguirse ni Lope de Vega ni Calderon de la Barca.

SEGUNDO CASO.—*El literato periodista.*—Aquí son los trabajos: un periodista debe estar al corriente de todo; no debe ignorar la cosa mas insignificante que suceda en la poblacion; tiene que despojarse de la vil materia, y convertirse en un espíritu sutil, invisible y con alas. ¿Conqué confianza no se dirige el público á un periodista para preguntarle:—¿Qué hay de nuevo? y la ópera? y el empresario? y el baile? qué tal estuvo tal funcion? y la otra? (1) Desgraciado de él si no satisface á los curiosos con una minuciosa y detallada relacion, en que nada se eche de menos! Recae la conversacion en el seno de inmensa concurrencia sobre la cuestion de teatro, y esclama un quidam repentinamente, como si hiriera la dificultad:

—El señor nos lo dirá, que escribe en un periódico.

—Ah! sí, el señor debe saberlo, añade otro que tal.

—Pues no lo ha de saber el señor? repite un tercero.

De lo que resulta convencerse el victima de que lo sabe, aun cuando lo ignore completamente. Y á propósito de teatros, ¡qué de calamidades no sufre el que escribe de ellos, de los actores, de los empresarios, &c! Si se critica un defecto á alguno, si se dice que no comprendió su papel, que no estaba en su cuerda, que en tal escena estuvo frio, que el trage era romano y no frances.... ese periodista, á juicio suyo y de sus admiradores, carece de sentido comun, y en su vida ha calentado una luneta en ningún teatro. Puede pasar mas adelante la rabia del actor y volar á la redaccion para desafiario en estos términos:

—Usted es enemigo mio, lo sé de positivo; usted trata de desacreditarme.... ¿qué

le hecho yo á usted, hombre?

Y no basta que se le conteste:

—Usted no me ha hecho á mi nada; como habitante del mundo, ni aun tengo el gusto de conocerle; pero como actor tengo derecho para criticarle y formar de usted el juicio que me parezca.

—Pues yo diré que usted no sabe escribir, que no entiende de teatros.

—Está usted en su derecho.

—Diré además que no tiene imparcialidad, que está comprado....

Y ya está la cuestion planteada en el magnífico terreno de los garrotazos, del cual, sin embargo, no ha de salir buen actor si lo era malo.

TERCER CASO.—*El poeta dramático.*—Este desgraciado es el que carga con las culpas de todos. Los cómicos le disputan el sentido de una frase, como si nadie estuviese obligado á saberlo mejor; le echan á perder la comedia, la hacen fracasar, y se disculpan diciendo: *¡Si es tan mala esta produccion!* El voto del autor es el último en la representacion de un drama; desde el comparsa hasta el primer galan todos están autorizados para hacer lo que les parezca. Y si es aplaudido, si el público ciñe á su frente una corona, entonces es incuestionable que el drama se ha salvado por causa de los cómicos. Jamás se dice: «¡qué talento tiene el autor!» sino «¡qué bien lo hizo fulano! ¡qué feliz estuvo la dama!»

Y si el pobre autor está ausente, entonces es lo sublime. Este verso parece largo al galan, aquel corto: esta escena es fria y entorpece la accion; hay que cambiarla por otra; aquel personaje está demás en el drama (porque no hay quien lo haga); es fuerza suprimirlo. El final de tal comedia es triste; desconsolador; hay que hacer otro en que el público se ria como un tonto, aunque se huellen los títulos de propiedad dramática, y aunque se contradiga á un hecho universalmente conocido en la historia. La voluntad del actor es en esta parte inviolable. ¿Y qué tiene de extraño que una produccion que llena de oro al empresario valga una futeza al autor? ¿No le han hecho el favor de representársela? ¿Pues qué mas quiere? Todo esto sin tener en cuenta el examen de personas inteligentes, á que tiene que sujetarla, y que

(1) Porque el periodista ha de encontrarse, como Dios, en todas partes.

agrade ó no á los que en ella tomen parte.

CUARTO CASO.—*El poeta lírico.*—Este tiene que hacer unos versos á todo lo que vea, improvisar en toda reunion, colobrar el natalicio de cualquiera, y cantar los amores y devaneos de todos sus amigos y conocidos. Muy de mañana entrará en su cuarto uno de ellos, y le dirá:

—Vengo á que me escriba usted unos versos.

—A usted?

—No á mí, sino figurando que soy yo quien los hace, me entiende usted?... Son para mi novia.

—Pero, hombre, si yo no la conozco.

—No importa, yo le daré las señas: tiene diez y ocho años, es alta, morena, de ojos negros, se llama Cármen, y su madre Juana....

—Bien, hasta, yo no soy empleado de policía; para hacer unos versos no es preciso saber la edad, ni la estatura.

Y tiene que hacerle unos versos, aunque no esté inspirado, aunque le duela la cabeza, de esos de *plantilla*, que así sirven para Mengana como para Fulana, por ejemplo:

Es tu tez virginal cristal de roca,
de azabache tus ojos,
del amor despojos
son tu ligero pie y tu linda boca.
Te quiero, *serafín*, con desatino,
y con amor tan loco,
que el fuego de los ángeles divino
si se compara al mío será poco.
No quiero sino verte;
responde pronto á la querella mía,
que incierto entre la vida y triste muerto
queda á los pies de usted—Pancho García. (1)

QUINTO CASO.—*El escritor de costumbres.*—La nota aclaratoria que, no sin motivo, acabo de poner, encierra cuanto pudiera decir sobre este punto. El que se dedica á criticar á sus semejantes valiéndose del ridículo y señalando los defectos, los vicios, las locuras con que á cada paso tropieza en

el mundo, está espuesto inevitablemente á dos desafíos por día, á cien incomodidades por hora, á mil interpelaciones por minuto. Si retrata á un tonto, y es feliz en su obra, todos los tontos rinden tributo á su talento, reconociéndose en el tipo, y averiguando en qué sitio podrán encontrarle para batiarse con él. A las dos horas de publicado el artículo tendrá en su casa á don Pantaleon, hecho un energúmeno, y corriendo hasta su lecho, sin pedir permiso ni saludar siquiera.

—Gracias á Dios que le encuentro, señor mío, le dirá exasperado; no parece sino que usted huye de mí.

Escritor.—Caballero, permítame usted que me asombre; no sé con quien hablo; pero por el pronto sepa que yo no me oculto de nadie.

Don Pantaleon.—Yo soy don Pantaleon Chupa-Breva, marqués de Casa-Boba, el que usted ridiculiza en su estúpido artículo del juéves.

Escritor.—Mal puede ser lo que usted dice; es la primera vez que le veo, ni aun le conocía de nombre....

Don Pantaleon.—Aunque usted lo niegue, no valen excusas. Usted pinta allí un tonto, un hombre sin sentido comun, que toma las duras por las maduras.

Escritor.—Y bien?

Don Pantaleon.—Pues eso tonto soy yo.

Escritor.—Enhorabuena.

Don Pantaleon.—No señor, es que yo no soy tonto, y en eso está la equivocacion; por consiguiente exijo de usted ó que haga una advertencia al público, ó que se bata conmigo.

Escritor.—En ese caso, señor don Pantaleon, insertaremos mañana lo siguiente en el periódico: «El tonto de que habla el artículo del juéves no es don Pantaleon Chupa-Breva, marqués de Casa-Boba.»

Don Pantaleon.—Está bien, me conformo.

Escritor.—Y dígame, usted, señor don Pantaleon, no encuentra usted mil veces mas

(1) Cuidado que este Pancho García es un nombre imaginario, como pudiera decir Pedro Fernandez: si existe un individuo de este nombre, que no se considere aludido.

ridículo este paso? ¿No conoce que así todos le van á silvar en la calle? ¿No siente remordimientos en haber venido á desafiarme, cuando yo me refiero á la clase en general y no á sus individuos? Pues sepa que usted es el que se pone de tonto reconociéndose en el don Zacarías de mi artículo; que yo no tenía el gusto de conocerle, y que usted se entrega á discrecion como un soldado cobarde y destituido de táctica, y que, en una palabra, si se divulga un lance tan original, si usted habla de ello siquiera una frase, si nos llegamos á batir.... ay! don Pantaleon, usted adquiere para toda su vida una sólida é indestructible fama de tonto, que las mayores muestras de sabiduría no bastarán á borrar.

Don Pantaleon.—Hombre, me parece que no vá usted fuera de camino, porque mirándolo despacio, ni usted me conocia, ni puso mi nombre; pero ¿qué quiere usted? cuatro majaderos dieron en decirme que era yo, y como nadie está libre de un raptó de susceptibilidad.... ¿Con que usted me asegura que yo no soy tonto?

Escritor.—Hombre....

Don Pantaleon.—Quiero decir, que no soy el tonto de que usted habla.

Escritor.—Seguramente.

Don Pantaleon.—Pues entónces seamos amigos.

Escritor.—Seámoslo enhorabuena.

Don Pantaleon.—Servidor de usted.

Escritor.—A sus órdenes.

Este feliz desenlace se verifica si el sujeto es de buena índole; si es de esos espada-chines y perdona-vidas, entónces el desafío es inevitable.

ULTIMO CASO.—Ultimo llamamos al del escritor filósofo, porque no nos permiten los límites de este artículo estendernos mas sobre un asunto que puede dar materiales para una obra en folio. El escritor filósofo que, ya dedicado á la política, ó ya á otras ciencias, se afana por inventar un sistema ó por destruir un absurdo, es víctima de su talento y escarnio y befa de su época. No importa que veinte años mas tarde se reconozca que tuvo razon, y se le erija un túmulo, y se eleven sus teorías á la práctica: vivió pobre, considerado como loco, sumergido en las cárceles, y tal vez recibió la muerte en el destierro ó en el cadalso. ¡Cuántos

hombres grandes, á cuyo genio ha revelado Dios algun arcano de la creacion humana, han perecido siendo el blanco del fanatismo, de la execracion pública! Por regla general, y en todos los tiempos y naciones, el que se ha metido á regenerador, á inventor, ó á redentor ha sufrido la aciaga suerte de Nuestro Señor Jesucristo. No parece sino que la sociedad está ya satisfecha de lo que ha hecho, ó que se resiente de que uno solo de sus individuos le dé lecciones y la alumbré en el caos en que ella se encuentra.

Resulta de lo espuesto que, bajo cualquier punto de vista que el escritor se considere, con relacion al mundo, es en todas sus fases víctima de las miserias, de la volubilidad de éste. Nosotros no hemos presentado sino unas figuras en embrion; hay tipos que ni hemos bosquejado, circunstancias que no hemos emitido; pero tal como ello vá dará una idea á nuestros lectores de lo que son *el escritor y la sociedad*.

EMILIO BRAVO.

NOTICIAS CURIOSAS

ACERCA DE

Blasco de Garay.

El célebre erudito don Martin Fernandez de Navarrete, en una de las escursiones literarias que hizo al archivo de Simancas, tropezó con un expediente del tiempo de Carlos V, donde se hablaba de un ensayo verificado en Barcelona con un barco semejante al vapor.

Publicó la noticia: dentro y fuera de España llamó extraordinariamente la atencion; se habló mucho del capitan Blasco de Garay, persona á quien se atribuia tan admirable in-

vencion, y por último, el gobierno no tuvo reparo, fiado en el testimonio de aquel sábio erudito, de dar á uno de los barcos de vapor, destinados á la marina española, el nombre de Blasco de Garay. Posteriormente el ayuntamiento de Barcelona, queriendo honrar la memoria de este hombre, acordó erigir en uno de los sitios mas públicos de aquella ciudad una estatua.

Pero hé aquí que cierto erudito catalán llamado don Joaquín Rubió y Ors, catedrático de literatura española en la Universidad de Valladolid, traductor de la *Jerusalén* del Tasso y autor de muchos opúsculos notables, visitó últimamente el archivo de Simancas, y leyó los documentos relativos al invento de Blasco de Garay. De ellos resulta que el barco cuyo ensayo se hizo en tiempos de Carlos V en las aguas de Barcelona, no era de vapor, sino solamente que en él se usaban de ruedas en vez de remos, y esas movidas por la fuerza de algunos hombres. Sin duda alguna don Martín Fernández de Navarrete, ofuscado con su celo por las glorias de su patria, creyó ver un barco de vapor en lo que era invencion de otro género.

En el *Bien Público* del día 1.º de julio, periódico que vé la luz pública en Barcelona, se lee un notable artículo sobre este asunto. Es como sigue:

Sesion de la academia de Buenas letras.—
Blasco de Garay.—Su invento.

«A los hombres se les injuria tanto rebañando de punto su fama, como levantando su celebridad mas arriba de lo debido. Esto es mucho mas cierto cuando se suplantán en la biografía de un hombre hechos notables no en obsequio suyo, sino por un mal entendido amor patrio. Asi ha sucedido con Blasco de Garay.

Las glorias de un pais no deben fundarse en hechos supuestos ó dudosos, sino en he-

chos de una verdad innegable. Fundar la nobleza de un pais en un hecho sin comprobantes, es esponerlo á la vergüenza de verse desmentido. Hé aquí lo que ha querido evitar el señor Rubió.

En la sesion de la academia de Buenas letras, que tuvo lugar el mártes próximo pasado, leyó nuestro paisano el señor don Joaquín Rubió y Ors, catedrático de literatura española en la Universidad de Valladolid, una memoria para aclarar la verdad en la cuestion de *cúál fué el verdadero invento de Blasco de Garay*. Esta memoria reúne á su mérito literario, la oportunidad, puesto que el cuerpo municipal tiene decretado levantar una estatua al ingeniero á quien un esceso de patriotismo ha dado una celebridad que podria comprometer la reputacion de nuestra patria.

El señor Rubió, durante su permanencia en Simancas, ha visto documentos que prueban hasta la evidencia que el ingenio de Blasco de Garay se redujo á hacer andar un buque menor con ruedas en lugar de remos; que estas ruedas eran movidas por hombres; que el ensayo que hizo en Barcelona no fué el primero sino el cuarto; y que no pudo estar presente el emperador rey Carlos V. El señor Rubió con gran celo por el buen nombre de su pais, no quiere permitir que se pueda echar en cara á Barcelona su impremeditacion al levantar una estatua á Blasco de Garay como inventor de los buques de vapor: porque si estos documentos irrecusables hubiesen salido á luz despues de la inauguracion del monumento, seguramente Garay tendria poco que agradecer á Barcelona, que por haber colocado su estatua sobre un pedestal, no habria hecho mas que ponerle en la picota. Dice bien el señor Rubió en su memoria; que este desgraciado español mereca un testimonio de gratitud; pero que de la gratitud á una estatua hay una distancia inmensa. Esta distancia es tanto mas notable, cuanto que la estatua en proyecto es la primera honra de esta especie que Barcelona tributa á la memoria de un hombre.

Mucho podriamos decir acerca de este particular; muchas reflexiones podriamos hacer al tratarse de levantar un monumento para recordar las glorias del pais. Afortunadamente esta ciudad no necesita buscar hechos supuestos ó dudosos. Grandes glorias ha alcanzado Barcelona y grandes hombres la han en-

noblecido; y ya que el ayuntamiento tiene fondos disponibles para el monumento de Garay, ya que este monumento está todavía en proyecto, ó á lo menos están muy al principio los trabajos necesarios para llevarlo á cabo; ya que la plaza que se ha elegido para levantarle está llena de recuerdos históricos, bien pueden emplearse los tales fondos en otro monumento, que al par que traiga á la memoria los hechos innegables que han tenido lugar en dicha plaza, sea una ejecutoria de nobleza para Barcelona.»

«No creemos que lo poco que hemos dicho se mire bajo el punto de vista de un enfático consejo; solo hemos pretendido llamar la atención del público conocedor, acerca de la memoria documentada leída por el señor Rubió en la sesión de la academia de Buenas Letras de la presente ciudad, que tuvo lugar el martes próximo pasado. Si logramos nuestro objeto, y el cuerpo municipal desiste de la idea de levantar el monumento tal como está proyectado; el cuerpo municipal deberá ser acreedor á la gratitud del pueblo barcelonés, como lo es desde luego el señor Rubió por haber querido evitar á su país la ignominia por que indudablemente hubiera pasado, si otro investigador, español ó extranjero, con los mismos documentos en la mano, hubiese desmentido el monumento.»

VENECIA.

Sitiada há tiempo por los austriacos esta célebre ciudad, pensamos que no mirarán hoy con indiferencia nuestros suscritores la descripción que de ella intentamos hacer, aun cuando las dimensiones de la *Tertulia* nos impidan sea con el detenimiento que deseáramos.

Esta antigua capital de la república de

Venecia, cuya historia la hacen remontar algunos analistas hasta los tiempos de la guerra de Troya, alcanzó durante muchos siglos gran celebridad, debida tanto á sus particulares instituciones como á su comercio y marina. Sin embargo de que no faltan autores que disienten en la época de la fundación de Venecia, es la opinión mas general que muchos de los naturales de la parte nordeste de Italia comenzaron á habitar las lagunas huyendo del furor de los godos, acaudillados por Atarico, en el año 421, ó de los suizos al mando de Atila, en el 452 de la era cristiana. Constituida Venecia desde entónces en república, subsistió hasta que fué conquistada por Napoleón y cedida al Austria en 1797 por el tratado de Campo Torucio. Desde esta época ha continuado sometida á este imperio, así como toda la Lombardia, de la cual ha estado siendo una de sus dos capitales y residiendo en ella el virrey una parte del invierno.

Es una plaza fuerte de primer órden, con un puerto muy capaz, y no ha muchos años declarado franco.

Está construida sobre grandes estacas y en medio de la laguna de su nombre, separada del mar por una especie de banda de islas pequeñas cubiertas de hermosos huertos. Compónese esta ciudad de cien islotes muy cercanos unos de otros y separados por canales mas ó menos estrechos: éstos son sus calles y las góndolas sus carruages. Cuéntase entre los primeros el canal *grande*, que atraviesa la ciudad formando muchos recodos, y dividiéndola en dos partes iguales; pero unidas por el puente Rialto, uno de los mayores y mas hermosos de Europa. Es de mármol y tiene tres calles (formadas por dos hileras de tiendas). Embellecen á este canal los magníficos palacios que guarnecen sus orillas. Además se ha construido recientemente un puente-arrecifo que une Venecia al continente, atravesando dos leguas de laguna: obra admirable no solo por sus dimensiones, sino por su gran trabajo. Solo la parte de puente propiamente dicho, tiene 222 arcos magníficos.

El contorno de la ciudad, en extremo irregular, comprende mas de tres leguas; por consiguiente cerca del doble del de Madrid. Las calles perfectamente enlosadas son tortuosas, y ofrecen tantas vueltas y revueltas, que hacen de Venecia un verdadero laberinto. No

obstante la multitud de puentes y alcantarillas que ascienden á mas de 500, llegando solo los primeros á 506, comunicanse los canales por medio de preciosas y cómodas góndolas, cuyo número pasa de nueve mil, contando las de alquiler y particular propiedad.

Pocas ciudades cuentan mas plazas que Venecia, casi todas hermosas, porque tienen bien algun precioso palacio, bien algun suntuoso templo, bien uno y otro edificio. Pero es tenuta entre todas por la mas notable la llamada de San-Márco, una de las mas regulares de Europa, situada á la orilla del mar, y rodeada de magníficos y elegantes arcos. En uno de los ángulos de esta plaza se ve la torre de San-Márco, edificio aislado y que admira por su elevacion, cuando se considera que descansa sobre estacas. En seguida vienen las plazas de San-Juan Pablo, de Santa-Margarita, &c. &c.

Si de aquí pasamos á enumerar y describir los edificios públicos que ofrece esta hermosa ciudad, edificios que traen á la memoria los tiempos, en que era capital de la primera potencia marítima y comercial del mundo, serian menester muchos números de nuestro periódico. Contentémonos, pues, con hacer mencion de alguno que otro de los mas conocidos y principales.

Debe ocupar entre ellos el primer lugar la iglesia de San-Márco, edificada en el siglo X; el pavimento y las paredes están cubiertos de mosaicos de extraordinaria belleza: magníficas columnas de esquisito mármol y preciosos adornos la embellecen interior y esteriormente. Entrase en este templo por cinco puertas contiguas, adornando á la del medio cuatro célebres caballos de bronce traídos de Constantinopla en el siglo XIII, despues de la toma de esta ciudad por los venecianos. Delante de la portada de la iglesia se levantan tres astas ó mastiles enormes y sobre los cuales ondeaban en otro tiempo los pabellones de los reinos de Morea, Chipre y Candia.

En la misma plaza se divisan dos antiguos palacios conocidos con los nombres de Procuratoria vieja y Procuratoria nueva, situados enfrente uno de otro, y en los que residieron los principales magistrados de la república. Hallase casi en dicho lugar, puesto que está tocando con él, el palacio ducal, ocupado en estos últimos años por el gobierno. Se sube á él por

una magnífica escalera adornada en tiempo de la república con hermosos leones de bronce y enteramente huecos, por cuya bocas se echaban las actas de denuncia al tribunal de la inquisicion. En este mismo palacio estaban establecidas las prisiones de estado unas sobre los techos, y llamadas por esta causa los *plomos*, y otras en bóvedas subterráneas, que llevaban el nombre de *pozos*. El puente de los suspiros unia el palacio ducal á otra cárcel de estado. El interior es de una magnificencia sorprendente: numerosos cuadros del Ticiano, de Pablo Veronese, Tintoret, Corregio y de otros no ménos célebres maestros decoran los muchos salones y galerías de este soberbio edificio.

Los otros palacios mas notables son los de la familia Pésaro, Grassí, Grimani, Labia &c., todos en el interior de la ciudad.

A estos grandes edificios hay que agregar multitud de establecimientos, siendo los principales el Liceo, con un gabinete riquísimo de fisica y un hermoso jardín botánico: el Seminario de la salud, enfrente del antiguo convento de este nombre, es una especie de Liceo, donde están establecidas muchas cátedras desempeñadas por profesores de reputacion; aumentan la importancia de este establecimiento la rica biblioteca y las colecciones científicas, la escuela de navegacion, la academia de nobles artes, el instituto de ciencias y artes y el ateneo Veneto, reunion de las antiguas sociedades sabias de Venecia; la biblioteca de San-Marco, una de las mas completas de Italia, y notable sobre todo por su gabinete de antigüedades y mas todavia por su rico monetario.

No queremos dejar de hablar del Arsenal, inmenso edificio situado al S. de la ciudad, y que se estiende sobre varias isletas. Fue en algun tiempo el mejor de Europa: contiene cuanto es necesario para el armamento de una gran escuadra: aun se ven allí algunos restos del *Bucintaur*, magnífica góndola á la cual subian los duques el dia de la Ascension para ir á desposarse muy solemnemente con el mar Adriático, arrojando en él un anillo de oro; ceremonia que simbolizaba la íntima relacion que existia entre la república y el mar, origen de su riqueza y poderio.

Alumbrada toda Venecia por una multitud de luces de gas, que se multiplican re-

dejando en las lagunas, ofrece por de noche, segun cuentan los viajeros, un cuadro que deja embelesados á cuantos lo miran y contemplan.

Un amigo nuestro, á quien debemos muchas noticias acerca de Venecia, comparaba esta ciudad, vista de noche, con una dama lujosamente vestida y adornada con una diadema de brillantes.

Sin embargo, presenta este pueblo, respecto de lo que fué en otro tiempo, muchas señales de decadencia: encuéntranse barrios enteros casi desiertos, muchos palacios inhabitados y aun algunos reducidos á cenizas; y la poblacion que llegó á ascender á 400 mil almas, no pasa hoy de 104 mil. El comercio y la industria un dia tan floreciente, no puede sufrir ahora la competencia del de Trieste.

Apesar de esto, de seis á siete años á esta parte trabajan los habitantes de Venecia por levantarla y hacerla digna del nombre que lleva, y para ello intentan todos los dias obras de gran trabajo, debiendo contarse entre ellas la del puente-arrecife de que arriba hicimos mérito, y la de oponer un dique en los sitios mas peligrosos á la influencia del mar. Aun no ha concluido esta obra gigantesca que lleva la siguiente inscripcion no menos espresiva que sencilla: *Ausu romano, ære Veneto*: Con la audacia romana y el dinero de Venecia.

Miscelánea.

Ha llegado á esta ciudad el apreciable compositor don Mariano Soriano de Fuentes, autor de *Geroma la Castañera*, zarzuela representada con gran éxito en los principales teatros de España.

—Dentro de pocos dias debe llegar á Cádiz, á pasar la temporada de baños, la linda é inspirada poetisa doña Carolina Coronado, honra de las márgenes del Guadiana.

—Tambien ha llegado en la última semana á esta ciudad el distinguido poeta don Manuel María Santana, autor de la pieza *Ya murió Napoleon*, de las *leyendas andaluzas* y de otras obras de mucho mérito.

—En otro lugar de nuestro periódico habrán visto nuestros lectores un escelente artículo de costumbres, que ha tenido á bien facilitarnos nuestro caro amigo don Emilio Bravo.

—La abundancia de materiales nos ha impedido dar cabida en el presente número á un artículo sobre el saco de Roma, por el duque de Borbon, un análisis de los *Cuentos del peregrino* del señor Sanz Perez, una carta á Mr. Montalembert sobre las que lo escribió el señor Donoso Cortés, y una revista de los teatros de Cádiz. Todos estos artículos aparecerán en el inmediato número.

—Ha visto la luz pública la entrega primera del *Laberinto*, obra periódica en cuya redaccion toman parte algunos autores acreditados de Madrid, tales como los señores Mora (padre é hijo) Alcalá Galiano, Cañete, García Luna, Larrañaga, Fernandez Guerra y otros que seria prolijo enumerar. Tambien escriben en esta obra algunos literatos de provincia, y muchos de Cádiz. Desde luego nos tomamos la libertad de recomendar á nuestros lectores esta publicacion, dejando para mas adelante analizarla.

CADIZ: 1849.

IMPRENTA DE D. FRANCISCO PANTOJA, calle de la Aduana, número 20.